

FERNANDO J. DEVOTO

DIRECTOR

HISTORIADORES, ENSAYISTAS Y GRAN PÚBLICO

LA HISTORIOGRAFÍA | 1990
argentina | 2010

Editorial Biblos

ARGENTINA CONTEMPORÁNEA

FERNANDO J. DEVOTO
(DIRECTOR)

HISTORIADORES, ENSAYISTAS Y GRAN PÚBLICO

LA HISTORIOGRAFÍA ARGENTINA
EN LOS ÚLTIMOS VEINTE AÑOS

(1990-2010)

Fernando J. Devoto / María Elena García Moral

François Hartog / Eduardo Hourcade

Nora C. Pagano / Martha Rodríguez

Luis Alberto Romero / Julio Stortini

Editorial Biblos

Índice

Fernando J. Devoto

Prefacio

Fernando J. Devoto 9

El historiador en un mundo *presentista*

François Hartog 15

¿El fin de la historia social?

Luis Alberto Romero 29

La producción historiográfica reciente: continuidades, innovaciones, diagnósticos

Nora C. Pagano 39

En torno a la Biblioteca del Pensamiento Argentino y su lugar en la historiografía argentina

Eduardo Hourcade 69

El *revisionismo* en los 80 y 90: ¿el anquilosamiento o la convalecencia de una historia militante?

María Elena García Moral 79

Rosas a consideración: historia y memoria durante el menemismo

Julio Stortini 97

Los relatos exitosos sobre el pasado y su controversia

Ensayistas, historiadores y gran público, 2001-2006

Martha Rodríguez 117

Los autores 139

Prefacio

Fernando J. Devoto

Es bastante sencillo coincidir en un diagnóstico: la historiografía actual vive momentos que pueden definirse, a la vez o alternativamente, como de crisis y de transformación. ¿Dos caras de una misma moneda o dos formas de mirar el problema? Desde luego que a los mismos historiadores que conviven con el proceso, pese a que su profesión los debería habitar a percibir cambios, tendencias, crisis y continuidades, les es difícil orientarse en ese proceso de contornos inciertos y horizontes de futuro inescrutables en el cual ellos mismos están insertos. Esa situación hace que las miradas acerca del estado de la historiografía que los mismos historiadores proveen no sean coincidentes. Junto a optimistas que perciben el problema o bien como episódico o bien como una crisis de crecimiento conviven aquellos que ven con perplejidad y pesimismo el futuro de una antigua profesión que no parece poseer ya ni el reconocimiento social e institucional ni las certezas de antaño. Conviven también con aquellos otros (quizá los más) para los cuales el día a día de su trabajo profesional los aleja de preguntas incómodas acerca de su propia tarea. En cualquier caso, otras afirmaciones generales pueden sostenerse con bastante consenso. Entre ellas, por ejemplo, que más allá de inevitables provincianismos o de las modulaciones específicas (y en muchos puntos intransferibles) que las transformaciones adquieren en cada contexto nacional, no se trata de fenómenos localizados en un espacio dado sino en un territorio muy vasto puesto que engloban a la gran mayoría sino al conjunto de las prácticas historiográficas actuales en el hemisferio occidental.

Los trabajos reunidos en este libro proveen, a la vez, diagnósticos, estados de la cuestión e interrogantes de distinto tipo. Son el resultado de ponencias presentadas en distintos eventos académicos organizados o coorganizados por el Programa de Investigaciones sobre Historiografía Argentina del Instituto Ravignani de la Universidad de Buenos Aires en el marco de un proyecto UBACYT acerca de "La historiografía en los últimos veinte años".¹ Con

1. Proyecto UBACYT FI O53 (Programación 2006-2008), "La historiografía argentina en los últimos veinte años", con cuyo aporte se ha editado este libro.

excepción del primero, escrito por François Hartog, los restantes se refieren al caso argentino y dentro de él exploran algunas trayectorias académicas o a otras corrientes en pugna o alternativas a ella, desde la historia militante hasta el ensayo de difusión masiva.

El artículo de Hartog que abre el libro brinda un conjunto de preguntas y sugerencias que pueden servir muy bien para enmarcar la situación actual de la historiografía argentina desde una perspectiva más general. Tiene además la virtud de incorporar en esa lectura a otros actores ajenos a la profesión, desde las elites políticas o gubernamentales (y podríamos agregar los ensayistas de todo tipo) hasta las personas corrientes, lo que nos permite recordar algunas cosas importantes que los historiadores suelen olvidar: que los avatares de la profesión no dependen sólo ni principalmente de ellos así como que ellos tampoco pueden reclamar con éxito un monopolio en el papel de mediadores entre el presente y el pasado. Para bien o para mal, muchas otras figuras operan en él y construyen desde afuera una imagen de lo que es la historia y de cuáles son los límites reconocidos a los principios con los que los historiadores tratan de legitimar su tarea. Sobre el caso europeo, observó Kryzstof Pomian, más allá de las protestas de los historiadores académicos, el resultado concreto en los hechos es una especie de negociación permanente entre éstos y la opinión pública.

Aunque la intromisión de otros actores en la historia y en sus usos sea algo verificable en casi todas partes, las diferencias de grado entre casos nacionales pueden ser marcadas dado el prestigio mayor o menor de que gocen las instituciones académicas y la cultura *savant* en general en una sociedad determinada. Lo son también según sean las características culturales específicas de las elites estatales, y el grado y el tipo de intervención que se planteen sobre el pasado y según la relación específica que con éste establezcan los diferentes colectivos que componen una sociedad. Todo ello puede ser el resultado tanto de un proceso de largo plazo de construcción de imaginarios sociales como de fenómenos cercanos en el tiempo que mantienen abiertas en una sociedad determinada querellas profundas en torno a él.

En cualquier caso, la pregunta más inquietante que nos propone Hartog tiene que ver con una cuestión más general que él denomina "régimen de historicidad" y que se concentra en la experiencia del tiempo que existe en una época dada. El mismo parece estar en el centro de las relaciones entre historia, memoria y patrimonio y en la comprobación de hasta qué punto la primera aparece en la actualidad en una situación de debilidad en relación con las otras. Tema ligado, como sugiere Hartog, a que vivimos en sociedades dominadas por una percepción "presentista" de aquella experiencia (o también a otras razones) pero que, en cualquier caso, parece sacrificar la historia ante el altar de la memoria. Es decir, sea reemplazar el conocimiento y la comprensión del pasado por el uso público del mismo, sea suprimir el pasado

en tanto que pasado para trasladarlo al presente. ¿A más memoria, menos historia y viceversa?

Podría todavía irse más allá y preguntar hasta qué punto el debilitamiento de las concepciones “científicas” (u otras lecturas positivistas) de la historia, que el momento post 68 trajo consigo en las sociedades occidentales, no significó un fuerte debilitamiento de los principales argumentos de que disponían los historiadores para reclamar un lugar preeminente como mediadores e intérpretes legítimos. Y, más allá aún, también puede preguntarse hasta qué punto la renuncia de tantos historiadores a brindar una interpretación del pasado para concentrarse o en el exasperado monografismo o en una sofisticadísima pero no siempre conducente exploración de problemas conceptuales o de lógicas sociales en contextos situacionales —que brindan sugerentes perspectivas acerca de los mecanismos de interacción humana pero no nos ofrecen una lectura de éstos—, ¿no son espacios que los historiadores dejan libres que inevitablemente van a ser ocupados por otros? Para resumirlo en una frase: más y mejor historia como la que hoy se practica no parece llevar a una mejor indagación de la explicación acerca de las relaciones entre el pasado y el presente.

Ciertamente, la situación es ambigua en muchos planos. El debilitamiento de las precedentes visiones lineales y teleológicas o de las reconstrucciones esquemáticas, tributarias de teorías sociales que demostraron no ser suficientemente comprensivas de la acción humana, han permitido una historia más atenta a matices y a complejizaciones. La admisión de que el pasado es más opaco que lo que creían los venerables historiadores eruditos de tiempos pretéritos incrementa las precauciones, obliga a refinar los instrumentos de indagación y orienta a explicaciones más cautas y matizadas, y todo ello signa nuevos avances en la profesión. Sin embargo, también parece generar lo que hace muchos años ya Rafaele Romanelli llamaba “pérdida de sentido” y “suspensión del juicio”. Es decir, interpretaciones ambiguas o incluso el abandono de cualquier voluntad de brindarlas. Asimismo, la emancipación del pasado respecto del presente, resultado al fin de que el futuro se había emancipado antes del mismo presente, permitió restituir el pasado en tanto que tal y comprender que el presente era solamente uno de los pasados posibles. La emancipación no trajo, sin embargo, solamente grandes ventajas sino que aparejó al mismo tiempo una autonomización en la que ese pasado parecía no ser capaz ya de decir nada acerca del presente. Como observó una vez Delio Cantimori, no se trata de saber si existía o no la incredulidad en el siglo XVI sino de comprender cómo se pasó de la credulidad a la incredulidad. Si el historiador no puede encontrar una forma de vincular ese pasado con el presente, ¿cuál sería el sentido de estudiarlo? ¿Un retorno a la anticuaria? La pregunta puede desplegarse en dos sentidos. El primero es individual: qué respuesta nos da el estudio del pasa-

do a cada uno de nosotros mismos. Como observó hace tantos años Benedetto Croce, hacemos historia en primer lugar porque queremos responder interrogantes que surgen en nosotros mismos acerca de nosotros mismos. El segundo: queremos brindar respuestas que puedan ser instrumentos para que las personas en general puedan reflexionar sobre ellos, su tiempo y sus sociedades. Si se suprimen esas preocupaciones se vuelve a una nueva forma de lo que Lucien Febvre había llamado "historia historizante". Que en ese marco la memoria, entendida como manipulación o consagración de un pasado para su uso en el inmediato presente, esté en el centro del escenario puede no ser solamente el resultado de una concepción del tiempo en una sociedad dada sino (aunque sea en una pequeña medida) de las colocaciones de los historiadores ante él.

El caso argentino puede enmarcarse en esas consideraciones y también en otras que le son propias. Las diferentes lecturas que aquí se brindan sirven como una aproximación a algunos de los mayores núcleos problemáticos de la disciplina desde la transición democrática. El trabajo de Luis Alberto Romero que abre las perspectivas argentinas brinda una interesante mirada desde un caso, el de la llamada "historia social" (por lo demás muy emblemático), de las transformaciones de la disciplina histórica de las últimas décadas colocadas en un cuadro temporal más vasto que las ilumina. Un itinerario en el que a contraluz pueden percibirse algunas de las problemáticas que plantea Hartog en su estudio de apertura. Sucesivamente, Nora Pagano propone una ambiciosa reconstrucción de los nudos problemáticos y de las áreas temáticas de la historiografía reciente que a su vez atiende a las importantes transformaciones que desde una perspectiva tanto institucional como normativa ha sufrido la profesión en los últimos veinticinco años. Nuevamente aquí se trata de un movimiento más general que empuja en todos lados hacia la profesionalización entendida como un conjunto de reglas estandarizadas que parecen signar inevitablemente la forma en que se construyen las trayectorias académicas y se obtiene el reconocimiento de la comunidad institucionalizada de historiadores y de las instancias estatales de legitimación. Cuánto más de formalismo que de sustancia hay en todo ello es algo legítimo de preguntarse en cualquier caso, y más aún en el caso argentino. Todo ello se dio, asimismo, en un contexto también más general y no sólo argentino de expansión de los ámbitos académicos, también mirados los recursos destinados a él, el número de profesionales, becarios, libros, tesis, proyectos y subsidios (y también de estudiantes).

Por su parte, en una perspectiva de historia de las ideas, Eduardo Hourcade explora una de las colecciones más prestigiosas editadas en los últimos años para encontrar con perspicacia, en los pliegues de cada volumen, la ausencia de criterios comunes acerca de qué puede entenderse por "pensamiento argentino". Tema que a su vez remite a otras de las claves de los

tiempos actuales: la ausencia de uniformidad en definiciones, delimitaciones y prácticas.

Si la historia profesional argentina parece gozar de buena salud y sus avances cuantitativos y cualitativos son innegables en los últimos veinte años, no es menos cierto que fuera del ámbito de las comunidades académicas (o en sus bordes) también se han producido muchos otros fenómenos que si no indican siempre una contratendencia sí obligan a matizar el análisis. Julio Stortini y María Elena García Morál indagan desde distintos ángulos la antigua cuestión del "revisionismo histórico". La segunda hace un cuidado y exhaustivo relevamiento de grupos que también han crecido en el interior de su propio campo e incluso han logrado permear algunos espacios académicos institucionalizados (como el CONICET). Sin embargo, los nuevos revisionistas, comparados con los antiguos, parecen haber perdido mucho del espacio que poseían en décadas anteriores entre el gran público. Más ambigua es en cambio la conclusión que propone Julio Stortini a partir de la indagación de un momento consagratorio de uno de los lugares mayores de memoria del revisionismo: la repatriación de los restos de Juan Manuel de Rosas. Stortini reconstruye con inteligencia el acontecimiento y explora sus repercusiones en algunos medios de amplia difusión. Si su lectura sugiere una imagen menos pesimista, ello bien puede referirse a un momento puntual y en muchos aspectos excepcional y no al conjunto de los últimos veinticinco años, y bien puede ser también más un reflejo mediático que algo que alcance a las percepciones, los intereses o las inclinaciones de más vastos grupos sociales. En cualquier caso, como apunta Stortini, los lazos que unieron históricamente al revisionismo con el peronismo (y que explicaron en gran parte su éxito en vastos sectores de la opinión pública) todavía perduran con más fuerza del que una mirada rápida sugeriría. Finalmente, Martha Rodríguez toma en consideración algunos de los que pueden denominarse "best-sellers de la profesión". Su rico análisis explora no solamente las dimensiones de ese éxito sino que brinda una atenta mirada de la forma en que esos libros fueron contruidos y de las interpretaciones que los subtienden. Reaparece así el tema inicial de las relaciones entre una obra de argumento histórico y el gran público así como el de las controversiales relaciones que con ellas establecen los historiadores profesionales. Una conclusión pesimista nos llevaría de nuevo al siglo II después de Cristo y a la observación clásica de Terenciano Mauro: "Pro captu lectoris habent sua fata libelli". Otra que lo fuera menos señalaría que, en una cultura cada vez más distante de los libros, que se lea mala historiografía es menos deprimente a que no se lea ninguna.

Fernando J. Devoto / María Elena García Moral
François Hartog / Eduardo Hourcade
Nora C. Pagano / Martha Rodríguez
Luis Alberto Romero / Julio Stortini

Es bastante sencillo coincidir con un diagnóstico: la historiografía actual vive momentos que pueden definirse, a la vez o alternativamente, como de crisis y de transformación. Si la historia profesional argentina parece gozar de buena salud y sus avances cuantitativos y cualitativos son innegables en los últimos veinte años, no es menos cierto que fuera del ámbito de las comunidades académicas (o en sus bordes) también se han producido muchos otros fenómenos que sí no indican siempre una contratendencia, sí obligan a matizar el análisis.

La reflexión sobre el papel del historiador en un mundo "presentista", la situación de la historia social, el análisis de las continuidades y las innovaciones en la historiografía reciente, los relatos "exitosos" sobre el pasado y la controversia que ellos provocan, son algunos de los temas que este libro aborda. A la vez, provee diagnósticos, estados de la cuestión e interrogantes de distinto tipo acerca de la situación de la historiografía hoy.

Fernando J. Devoto es doctor en Historia, profesor titular de Teoría e Historia de la Historiografía e investigador en el Instituto Ravignani de la Universidad de Buenos Aires. Ha sido varias veces profesor invitado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (París), en el Istituto Italiano per gli Studi Filosofici (Nápoles) y en numerosas universidades de España, Italia y Francia. Ha publicado, entre otros libros, *Los nacionalistas* (1982), *Estudios sobre la emigración italiana a la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX* (1991), *Entre Taine y Braudel* (1992), *Le migrazioni italiane in Argentina: un saggio interpretativo* (1994), *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna* (2002), *Historia de la inmigración en la Argentina* (2003), *Historia de los italianos en la Argentina* (2008), *Historia de la historiografía argentina* (2009) y, como codirector, *Political Culture, Social Movements and Democratic Transitions in South America in the XXth Century* (1997), *Historia de la vida privada en la Argentina* (1999, 3 vols.), *Emigration politique. Une perspective comparative* (2001).

ISBN 978-950-786-778-1



Editorial Biblos
ARGENTINA CONTEMPORÁNEA